
DE RESPONSABILIDAD SOCIAL Y SOBRE LOS ESTIMULANTES EN LA JUVENTUD DE LOS AÑOS CINCUENTA

ANTHON OBESO

Creo que el hombre lo ha tenido siempre más difícil, más que la mujer. Por no sé qué empeños de la sociedad, el hombre se ha visto obligado, desde tiempos remotos, a ser el cabeza de familia, el jefe de tribu, el leader de grupo, el presidente de partido, el rector, el primer ministro, en fin, el cabeza de cualquier comunidad. A veces, hasta llega a ser el cabeza de cabezas. Y si alguna vez no se ha empeñado en este intento, si ha abdicado, se le ha tachado de blando, de falta de carácter, de incapaz, hasta se le ha tildado de no saber llevar sus pantalones. Y cuando se ha pasado en el sentido opuesto, cuando en su afán de ser el jefe, ha saltado ciertos límites de autoridad razonables pasando de ser cabeza a ser un cabezón, tampoco se le ha perdonado, y hasta se ha llegado a llamarle tirano. Difícil papeleta, siempre, la de mantenerse en el equilibrio adecuado.

Los tiempos están cambiando, desde luego, pero todavía se ve con recelo el que una mujer lleve la dirección, por ejemplo, en el núcleo familiar. En otros frentes las cosas han cambiado más y vemos ya, con naturalidad, mujeres que dirigen empresas, que son jefes en determinados departamentos y hasta, en algunas naciones, sean quienes dirijan los destinos del país. Pero, parece ser, en el grupo familiar, no siempre están las cosas en su sitio. Son rarísimos los matrimonios que reconocen, abierta y sinceramente, que es el criterio de la mujer quien guía los intereses de la familia, cuando la cosa es así. Y siendo así como sucede en muchos casos, el hecho se oculta, cara al exterior, con solapada malicia. Llegando a ser considerado como secreto de estado familiar. Complejo y complicado hasta el extremo de que la mujer, que guía los intereses de la familia, oculta su capacidad de iniciativa haciendo ver que es el marido quien dirige y no ella. El marido se lo cree y continúa, en su digno puesto de cabeza de familia, «dirigiendo» con el criterio que, con anterioridad, su inteligente, o astuta, o ambiciosa esposa, ha depositado, con sumo cuidado y tras delicado lavado de cerebro, en su intención de hombre. Todavía así están las cosas. La sociedad sigue obligando a tanto. Todavía. A pesar de la labor abnegada de las feministas. Y no culpemos de esto al hombre. Por lo menos, no sólo al hombre. Pues muchas veces es la misma mujer quien desea que esto continúe así, quien está interesada en que la situación no cambie. Y no vamos a analizar aquí los motivos pues son muchos y variados, lo que nos llevaría mucho espacio que no disponemos. Pero,

entre otros, es sabido que muchas mujeres se encuentran de maravilla en su papel de mujer-objeto y sin ninguna otra pretensión.

Y así sucede que, desde temprana edad, al hombre se le exige ser duro y sufrido. Lo de llorar es cosa que puede pasar en la mujer, pero a un hombre no se le permite. Siendo hasta la misma mujer quien se lo prohíbe. «No llores, que no eres una chica». «No llores, los hombres no lloran». Y el niño tiene que aprender a tragarse las lágrimas.

Cuando el niño se convierte en joven, no sólo no debe de llorar, ni desmayarse en el dentista, sino que, además, debe ser quien lleve la iniciativa. ¡Y esta es otra! Porque el ser cabeza de familia no es un título honorífico o un puesto de privilegio. El ser cabeza de cualquier grupo, gremio, colectividad, presupone una responsabilidad y un quehacer singular y personal. Y esta exigencia se le impone al joven desde el primer momento que este pretende una asociación. Y aquí estamos ya en el problema. Cuando en la juventud surge el deseo de relación, es él, el chico, el joven, quien tiene que tomar la iniciativa. Ya, antes de formarse la unión, de construir el grupo más simple del complejo social, cual es la unión de un hombre con una mujer, es el hombre quien está obligado (por norma social, se entiende) a iniciarlo, a intentarlo. La joven adopta una aparente postura pasiva.

Se supone que el tiempo cambia muchas costumbres y que los modos actuales no son los mismos que los de mi tiempo de juventud. Aunque dudo de que esta cuestión que acabo de expresar se haya ajustado a una norma justa en que la iniciativa sea compartida. Al tiempo a que me refiero, pongamos los años cincuenta, la realidad era que el chico debía siempre de llevar la iniciativa, pedir el favor del baile, pagar las localidades del cine y la cuenta de la cafetería. Lo contrario estaba mal visto. Muy mal visto. En fin, inadecuado.

Lo de tomar la iniciativa era algo (y se supone que hoy también) que a algunos no les ocasionaba problema alguno. Eran así, por naturaleza, decididos, agresivos, activos, acometedores, osados y hasta descarados. Y no era obstáculo para ellos, acercarse a una chica para iniciar una conversación, pedirle el favor del baile o para invitarla al cine o a la cafetería. El otro, el indeciso, el apocado, el tímido, lo tenía difícil. Evidentemente. Mientras tanto, la chica esperaba, teniendo siempre opción a aceptar o rechazar la proposición que le

hiciera el chico de bailar o salir a pasear. Así, la joven podía, con su actitud de aceptar o negar la invitación del joven, alagar su condición de hombre o, por el contrario, confundirle, abatirle, ofenderle y hasta humillarle, según el tono de su contestación.

El chico, naturalmente, es un ser humano (y, por los años cincuenta, mucho más humano todavía) por lo tanto susceptible de sufrir, en su natural orgullo, el éxito o el fracaso que, en definitiva, la chica le propinara. Y en este sentido, el poder de la chica era total y absoluto. No siempre se podía prever lo que podía suceder. A veces, las apariencias engañaban completamente. Porque sucedía que la chica, en ocasiones, parecía mostrar, en principio, una actitud que después no era la esperada. El resultado dependía de la decisión de la chica, de su aceptación o rechazo, o de su capricho y no de la capacidad humana del chico. Esto creaba en el joven una inseguridad que podía dar lugar a situaciones difíciles. Había que tomar la iniciativa y el resultado dependía de la otra parte. Por lo tanto, había que armarse de valor. Y, para ello, muchas veces se recurría a un estimulante.

Los estimulantes, por los años cincuenta, eran escasos. Para mí, que sólo había dos. Por una parte estaba el alcohol. Como se trataba de un estimulante de efecto rápido y de incuestionable seguridad, se recurría a él con total consciencia y decisión. Cuántas curdas se habrían evitado, y cuánto dinero ahorrado, si esta cuestión de la iniciativa hubiera sido patrimonio de los dos, del chico y de la chica, y no sólo del chico, pues sucedía, a veces, que después de unos chiquitos, o de unas copas, creía todavía no hallarse en forma, recurría a más «estímulo» y después... el «coraje» adquirido sobre pasaba el límite adecuado. Y se estaba más para organizar un desconcierto que para concertar un acuerdo.

El otro estimulante estaba en el cine. Aquí los efectos eran completamente distintos a los del alcohol; más larvados, más ocultos, más lentos, y penetraban más hondamente en los recovecos íntimos de la personalidad del chico.

Y no es que el chico fuera objeto pasivo de la influencia del cine, desde luego que no. El muchacho recurría a este estimulante con plena consciencia y deliberación.

Recuerdo que un amigo (rememora, querido Angel) me decía, por aquellos tiempos, que él trataba de buscar en las películas esas tácticas que hicieran posible el acercarse con éxito a una chica. Y todo parecía que iba bien, mientras veía actuar al galán de turno en la película, en su asedio a la dama, hasta que sucedía que el galán, en cuestión, proseguía el

galanteo invitando a la heroína a cenar. Y esto, en las películas, sucedía a menudo (entonces, ahora la invitación es para ir a la cama). Y aquí mi amigo (Angel) soltaba una expresión de desesperación, porque ¿quién diablos teníamos, en aquellos tiempos, y con veinte años en nuestra alma, dos cochinas perras para invitar a una chica a cenar? Además que, con una técnica así, en aquellas circunstancias en que se vivía, todo el andamiaje construido para el flirteo se venía abajo de golpe. Pero, así y todo, se aprendían cosas.

Porque sucedía que el muchacho se sentaba en la butaca y dejaba que los modos y maneras del John Wayne, del Marlon Brando, del Humprey Bogart, del Errol Flynn, y un largo etcétera, empaparan sus sentidos para, después, presentarse ante la chica, con esa indolencia o ese paso marchoso y viril, y ese gesto seguro y bravo que había contemplado en la pantalla y que ahora asumía con el mayor convencimiento posible, para obtener el mejor resultado de su intento con la chica. Porque eso sí que era fundamental, estar convencido de que se era.

No obstante, al igual que con el alcohol, aquí también existía el peligro de pasarse. Si un exceso de alcohol podía hacer que el muchacho adquiriera una mirada desvaída, un hablar retardado y pastoso y una verborrea desmelenada y, muchas veces, grosera; también podía suceder que el muchacho excesivamente estimulado por los héroes del cine, llegara a la Alameda con andares teatralmente templados, se acercara a la chica y, con gesto bizarro y tono candencioso, le dijera: ¡Qué, muñeca!, ¿bailamos?

Es evidente de que este segundo estimulante, el del cine, tenía su encanto. Cine, aquel de los años cincuenta, ingenuo, divertido, entretenido, simple, muchas veces más que eso, simplón, superficial, cándido, pueril; también, cómo no, surgía alguna vez el cine de verdadera calidad artística, desde luego que sí. De todas formas, cine esponjosamente estimulante. Y que, sin embargo, tantas veces fue injustamente censurado desde determinada tribuna.

Es sabido que lo correctamente natural es no recurrir a estimulante alguno, en ningún momento. La naturaleza tiene sus propios recursos, que hay que conocerlos, sin necesidad de estimularse con engañosos frutos. Pero el ser humano es imperfecto, y es evidente que, en determinadas situaciones (muchas veces por imperativos sociales) lo tiene difícil para afrontar esas decisiones en que, sobre todo, se siente sólo. Ojalá que el estimulante al que se recurra, en tales casos, no sea de peores efectos secundarios que los que producía aquel cine de los años cincuenta.